

EL MUNDO DE COLOR EN CUBA Y SU PAPEL EN EL PROCESO DE EDIFICACION DE LA IDENTIDAD*

JOSÉ MARÍA AGUILERA MANZANO 

RESUMEN

el objetivo de este artículo es clarificar el papel que los intelectuales cubanos dieron a la población de color en el proceso de construcción de la identidad cubana. Lo novedoso de esta investigación está en que profundiza en el conocimiento de esta cuestión a través del estudio de dos obras literarias, Cecilia Valdés, escrita por Cirilo Villaverde y Francisco, de Anselmo Suárez Romero.

Palabras clave

Novela histórica, negros, mulatos, Cuba, identidad.


ABSTRACT

The aim of this paper is to clarify the role that Cuban intellectuals gave the black population in the process of construction of the Cuban identity. The novelty of this research is that it deepens the understanding of this issue through the study of two literary works, Cecilia Valdés, by Cirilo Villaverde and Francisco, by Anselmo Suárez Romero.

Key words

Historical novel, Black, Mulatto, Cuban, Identity.

* Artículo recibido Julio de 2011; aprobado septiembre de 2011. Artículo de investigación científica.

 Profesor Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Cantabria.

EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD A TRAVÉS DE LA NOVELA

Aunque gran parte de la atención historiográfica en Cuba se ha centrado en el estudio de la Revolución cubana y sus consecuencias, en los últimos tiempos se está prestando una atención más profunda al siglo XIX pues es donde hunde sus raíces el proceso de construcción de la identidad cubana. A lo largo de las últimas décadas, se ha puesto de manifiesto cómo, en los procesos de ensamblaje de los estados en el siglo XIX, las élites de poder de las llamadas “periferias coloniales” se enfrentaron a los proyectos estatales que los reducían a la categoría de colonias, y trataron de conseguir una situación más ventajosa para sus territorios¹. Así fue como se asentaron los cimientos de un proyecto de “identidad” cubano, que dio unidad cultural a una región del Imperio español, la isla de Cuba, que hasta entonces carecía

de ella. Este entramado cultural fue elaborado por un grupo de intelectuales que contaban con el respaldo de una parte de la oligarquía azucarera habanera. Su objetivo fue buscar una posición más ventajosa para la isla de Cuba en el marco del estado liberal español en construcción a lo largo de la centuria decimonónica. El artículo se enmarca en el seno de este debate y trata de clarificar el papel que estos intelectuales dieron a la población de color en este proceso. Lo novedoso de la investigación está en que profundiza en el conocimiento de la cuestión a través del estudio de dos obras literarias, *Cecilia Valdés*, escrita por Cirilo Villaverde y *Francisco*, de Anselmo Suárez Romero.

Para llevar a cabo esta investigación es fundamental comprender que el concepto “nación”, tal y como hoy lo entendemos, es una construcción de reciente creación en la historia; la historiografía, sin embargo, ha tardado en aceptar este hecho. En todo el camino recorrido en los últimos treinta años, es fundamental destacar las obras de Ernest Gellner, Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, entre otros². Con esta perspectiva historiográfica como trasfondo, vamos a

1 CHATTERJEE, Partha: “A Brief History of Subaltern Studies”, en, *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Londres, volumen XXII, pp. 1537-1541; PRAKASH, Gyan, (1994), “Subaltern Studies as Postcolonial Criticism” En: *American Historical Review*, volume 99, núm. 5, pp. 1475-1490; SAID, Edward, (2004), *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo; COOPER, Frederick, (2005), *Colonialism in Question. Theory, Knowledge and History*, Los Angeles, University of California Press, pp. 3-54; DANIELS, Christine y KENNEDY, Michael V., (2002), *Negotiated Empires: Centers and Peripheries in the Americas, 1500-1820*, Nueva York, Routledge, pp. 2-15.

2 GELLNER, Ernest, (1988), *Naciones y nacionalismo*, Madrid, pp. 15-34. ANDERSON, Benedict, (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, pp.6-22; HOBBSAWM, Eric, (1992), *Nation and nationalism from 1780*, Barcelona, Crítica, pp.38-53.

tratar de explicar qué papel asignó el grupo de intelectuales en torno a Domingo del Monte, a la población de color en su proyecto de identidad a través de las novelas *Francisco*, de Anselmo Suárez Romero, y *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde³. Ambos textos son la expresión más acabada del concepto de identidad que estaba creando el grupo; también se explica en ellas el papel que la población de color jugaría. La elaboración de estas obras fue posible gracias a todo un proceso de maduración iniciado algunos años antes.⁴

En la primera mitad del siglo XIX se produjo el tránsito del Antiguo Régimen al sistema liberal en el Imperio español. La corona, arrastrada por las circunstancias, se vio obligada a reconvertir el territorio peninsular en un estado nacional al estilo del francés. Esta idea tomó más fuerza a partir de la llegada de las tropas de Napoleón Bonaparte a la península en 1808, la redacción de la Constitución de Cádiz de 1812; tras el reestableci-

miento del absolutismo entre 1814 y 1820, durante la vuelta al liberalismo entre esta última fecha y 1823.⁵ Al mismo tiempo que se producían estas transformaciones en la metrópoli, los distintos gobiernos tuvieron que plantearse qué papel jugaban los dominios americanos en el naciente estado español. La mayoría de los liberales peninsulares, y una parte de la elite de La Habana, se fueron decantando por no insertar a los territorios de Ultramar dentro del proceso de formación del estado liberal, y darles una categoría inferior políticamente a través de la legislación, porque de hecho ya era así.⁶ Paralela a esta acción política, desde la península, se llevó a cabo la difusión de un entramado cultural que pretendía justificar esta operación legislativa. En este segundo aspecto jugaron un papel fundamental las sociedades económicas y para el caso cubano, específicamente, la Sociedad Económica de La Habana, que fue constituida como órgano difusor del proyecto “identitario” gubernativo⁷.

3 Eran miembros del grupo de Domingo del Monte, Manuel González del Valle, Ignacio Valdés Machuca, Agustín Govantes, Nicolás de Cárdenas y Manzano, Blas Osés y Vicente Osés, Felipe Poey, José Antonio Saco, José Jacinto Milanés, Ramón de Palma, Gabriel de la Concepción Valdés, Juan Francisco Manzano, además de Cirilo Villaverde y Anselmo Suárez Romero.

4 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, (1880), *Francisco. Novela cubana*, Nueva York, pp. 14-107; VILLAVERDE, Cirilo, (1882), *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel. Novela de costumbres cubanas*, Nueva York, Imprenta de El Espejo, pp. 23-145.

5 FONTANA, Josep, (1979), *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833*, Barcelona, Crítica, pp. 103-118; FONTANA, Josep, (1971), *La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820*, Barcelona, Ariel, pp. 73-79.

6 FRADERA, Josep, María, (2005), *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Bellaterra.

7 AGUILERA MANZANO, José María, (2005), *La formación de la identidad cubana. El debate Saco-La Sagra*, Sevilla, CSIC, pp. 32-39.

Sin embargo, este plan encontró muchos obstáculos en su camino, pues durante la década de 1820 La Habana se había convertido en uno de los centros económicos más importantes del Imperio español, liderando esta riqueza el sector de hacendados al frente del cual estaba Francisco Arango y Parreño, y en el que se integraban las familias Aldama, Alfonso y Soler. En poco tiempo quisieron que su peso económico se correspondiera con el liderazgo en la sociedad sobre la que estaban asentados. Para ello intentaron usar el discurso político y la legislación liberal como instrumento, pero esto solo fue posible, de forma muy restringida, durante el periodo comprendido entre la muerte de Fernando VII, a finales de 1833, con la consiguiente restauración del liberalismo, y 1837, en que la isla fue excluida de la estructura liberal en construcción mediante la expulsión de sus diputados de cortes. Por ello, paralelamente elaboraron un andamiaje cultural que daba fundamento ideológico y completaba a la acción política, y Domingo del Monte fue el encargado de darle forma a través de la Sociedad Económica. Este proyecto no estuvo plenamente armado desde un principio sino que se fue negociando y modificando a lo largo del tiempo. La población de color no estaba incluida en este esquema sino solo los criollos con orígenes peninsulares⁸.

En este proceso los distintos grupos liberales emplearon varios instrumentos, entre ellos: primero, la construcción de un entramado educativo que diera legitimidad a los principios del nuevo sistema; segundo, la escritura de la historia de ese nuevo estado con la misma intención y, tercero, la creación de una tradición literaria a través de publicaciones periódicas y de una literatura propia. En relación con el tercer punto, Benedict Anderson ha sabido explicar cómo los periódicos y otras publicaciones fueron fundamentales a la hora de crear esas identidades. El *boom* de la imprenta y el desarrollo del capitalismo impreso hicieron posible la difusión de poesías, novelas y periódicos, que fueron el medio que permitió la representación de lo que él llama “comunidad imaginada”⁹.

Al entrar en contacto con los románticos peninsulares, durante su viaje a España, para graduarse de derecho a finales de la década de 1820, Domingo del Monte aprendió que las publicaciones de tema literario y científico, sabiéndolas conducir por el camino correcto, eran un arma muy eficaz por donde se podía introducir el concepto de identidad que él pretendía, en sustitución del discurso político, prohibido por la censura. Para desarrollar el tercer punto, la creación de una tradición literaria a través de

8 PÉREZ DE LA RIVA, Juan, (1963), **Correspondencia reservada del capitán general don Miguel Tacón, 1834-1836**,

La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, pp.15-19.

9 ANDERSON, Benedict, op. cit., pp.35-48.

publicaciones periódicas y una literatura propia, era necesario, primero, la elaboración de una literatura que expresara las ideas y conceptos que se pretendían transmitir y, segundo, abrir un canal o sistema de difusión de este pensamiento que funcionara con fluidez entre todos los lugares del territorio cubano¹⁰.

Del Monte constituyó un núcleo de intelectuales que dieron forma literaria a las ideas y el pensamiento que debía ser transmitido y cuyo centro radicó, en principio, en torno a los periódicos *El Puntero Literario* y *El Recreo Semanal del Bello Sexo*, subvencionados por la Sociedad Económica, y la publicación de la obra *Rimas Americanas*¹¹. Algún tiempo después dieron forma legal al grupo a través de la puesta en marcha de la Comisión de Literatura y, cuando esta se disolvió por las presiones de otros grupos liberales, en la tertulia de la casa de del Monte¹². En estos centros, todos con sede en La Habana, en especial participaron intelectuales que

vivían en esta ciudad o sus alrededores, entre los que destacaron Cirilo Villaverde y Anselmo Suárez Romero, que dieron a conocer sus ideas a través de publicaciones periódicas o libros conjuntos publicados, en su mayoría en La Habana. El sistema se completaba con la difusión de ese pensamiento por el resto de la isla, para lo cual se valió de la amistad que mantuvo, mediante carta, con algunos de los personajes más ilustrados de las localidades principales, y que en general eran miembros de las diputaciones que la Sociedad Económica mantenía en esos lugares. Estos ilustrados reimprimían en los periódicos de sus ciudades las obras que eran impresas en las publicaciones de La Habana y que el grupo de del Monte se encargaba de enviarles por correo. A su vez, estos pensadores locales le enviaban a del Monte, a La Habana, para publicar las mejores producciones del resto de las principales localidades de la isla. No obstante, esta relación fue desigual y mayor en la dirección que iba desde La Habana hacia el resto de la mayor de las Antillas, con algunas excepciones. Por otro lado, el grupo de La Habana se nutría de las ideas y producciones que le llegaban desde el extranjero, en especial de distintos puntos de Estados Unidos, París, de varias ciudades de la península y, en menor medida, de Londres¹³.

10 MARTÍNEZ, Urbano, (1997), *Domingo del Monte y su tiempo*, La Habana, Unión, pp. 103-115.

11 HERRERA DÁVILA, Ignacio (compilador), (1833), *Rimas Americanas*, La Habana, pp.13-72; VVAA, (1984), *Diccionario de la Literatura cubana*, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística, volumen II, pp. 12-13, 25-26 y 61-62; BATISTA VILLAREAL, Teresa, (1965), *Catálogo de publicaciones periódicas cubanas de los siglos XVIII y XIX*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, pp. 243-259.

12 MARTÍNEZ, Urbano, op. cit., pp. 128-132.

13 DEL MONTE, Domingo, (2002), *Centón epistolario*, La Habana, Imagen Contemporánea, volumen I, pp. 15, 34 y volumen IV, pp. 13 - 116; DEL MONTE, Domin-

Esto lo realizaron porque Domingo del Monte logró penetrar en los órganos de poder de la Sociedad Económica, al ser nombrado secretario de la Sección de Educación de la Sociedad. Quiso ir más allá y, por eso, desde 1829 intentó poner en marcha una clase de literatura dentro de esa institución, pero se le negó la autorización y en su lugar se permitió la creación de una Comisión Permanente de Literatura, bajo la tutela de la Sección de Educación¹⁴. Aunque el experimento de la Comisión de Literatura terminó siendo reprimido en 1834, durante los años que funcionó aportó elementos muy importantes en la formación de un concepto de identidad distinto al que se trataba de implantar desde la metrópoli. La Comisión puso en marcha en 1831 un concurso literario, cuya pretensión era dar a conocer a los jóvenes valores de la isla, también realizó un *Diccionario de los provincialismos cubanos*, donde se incluían 700 vocablos “propios de Cuba”¹⁵.

go, (1929), *Escritos de Domingo del Monte*, Volumen I y II, La Habana, Cultural, volumen I, pp. 13-35.

14 Eran miembros de la Comisión Domingo del Monte, Manuel González del Valle, Ignacio Valdés Machuca, Agustín Govantes, Nicolás de Cárdenas y Manzano, Blas Osés y Vicente Osés, Felipe Poey, Prudencio de Hecheverría y O’Gaban y José Antonio Saco. Domingo del Monte: “Exposición de las tareas de la Comisión de Literatura”, *Actas de la Sociedad Económica de La Habana*, 1830 y 1831.

15 PICHARDO, Esteban, *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*, la primera edición se hizo en 1836 en la Imprenta de la Real Marina de Matanzas,

Además, del Monte consiguió que la Sociedad subvencionara varios periódicos literarios, desde donde también construyó su concepto de identidad: *El Puntero Literario*, *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo* y, sobre todo, *la Revista Bimestre Cubana*¹⁶.

Tras el cierre de la Academia de Literatura, Domingo del Monte decidió ir a pasar algún tiempo a los ingenios que los Aldama tenían en Matanzas, donde vivía su familia. Allí se reencontró con su amigo Félix Tancó y con José Miguel Angulo. De vuelta en La Habana organizó unas tertulias con el grupo de pensadores que habían formado parte de la Academia de Literatura. Estas eran una forma de continuar su proyecto de creación cultural de forma privada y, por tanto, mucho menos controlada desde el ámbito oficial. En estas charlas comenzaron a sobresalir las obras *Francisco*, de Anselmo Suárez Romero y *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, que eran discutidas y corregidas por otros miembros de la tertulia como José Zacarías González del Valle, Ramón de Palma, Juan Francisco Manzano y Gabriel de la Concep-

aunque su inicio se produjo en la Academia de Literatura. Véase la obra completa.

16 VVAA, *Diccionario de la Literatura cubana*, op. cit., volumen I, pp. 123-124; BATISTA VILLAREAL, Teresa, (1965, *Catálogo de publicaciones periódicas cubanas de los siglos XVIII y XIX*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, pp. 28-31 y 107-112.

ción Valdés (Plácido)¹⁷. Durante este periodo, del Monte, se centró desde un segundo plano, en su labor de ideólogo, dejando la producción de textos al grupo de escritores que lo rodeaba. Aunque se alejó de la Sociedad Económica, todas las obras de esta etapa fueron saliendo a la luz en publicaciones periódicas para las que consiguió subvenciones de esta institución. En 1837 se publicó *El Aguinaldo Habanero* y entre 1838 y 1840 *El Plantel*, *El Álbum*, *La Cartera Cubana* y *La Siempreviva*¹⁸.

EL ESCLAVO NEGRO EN LA NOVELA FRANCISCO

Anselmo Suárez escribió la novela *Francisco*; esta obra surgió cuando el cónsul inglés en la isla de Cuba; uno de los mayores defensores del exterminio de la trata por atentar contra el crecimiento económico de la isla y por perjudicar a los intereses ingleses, pidió a Domingo del Monte, amigo suyo, algunas composiciones de escritores de su entorno con el objeto de saber el estado de la opinión acerca de la trata y de la esclavitud entre los pensadores de la isla¹⁹. Anselmo

Suárez fue el elegido y realizó una novela que se tituló *Francisco* y cuyo subtítulo fue *Novela Cubana*, lo cual es indicativo de la intencionalidad formadora de identidad que esta encerraba²⁰. En ella se cuenta la historia de amor imposible entre dos esclavos (no personas de color libres como su-

terio de Educación de Cuba., pp. 171-181; HENRÍQUEZ UREÑA, Max, (1978), *Panorama histórico de la literatura cubana*, volumen I, La Habana, Editorial Arte y Literatura; PECKHAM, Morse, (1970), *The Triumph of Romanticism*, Columbia, University of South Carolina Press; LEANTE, C., (1976), "Dos novelas antiesclavistas cubanas", en, Cuadernos Americanos, número 4, pp. 175-188; MORALES Y MORALES, Vidal, (1949), **Anselmo Suárez y Romero: Biografías**, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación; MORENO FRAGINALS, Manuel, (1950), "Anselmo Suárez Romero", en, Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, número 2, pp. 59-72.

- 20 KNIGHT, Franklin, (1970), *Slave Society in Cuba during the nineteenth century*, Madison, The University of Wisconsin Press; ELTIS David, (1987), *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Trade*, Oxford, Oxford University Press, pp. 81-203 y 241-254.

Anselmo Suárez hizo la novela en el ingenio azucarero de su familia y situó los acontecimientos el mismo año en que la escribió, 1838. Véase las cartas de José Zacarías González del Valle a Anselmo Suárez Romero de 5 de septiembre de 1838, 25 de septiembre de 1838, 10 de noviembre de 1838 y 14 de noviembre de 1838; en GONZÁLEZ DEL VALLE, José Zacarías, (1938), **La vida literaria en Cuba**, La Habana, Publicaciones de la Sección de Educación; MORENO FRAGINALS, Manuel, (1950), "Anselmo Suárez y Romero", En **Revista de la Biblioteca Nacional José Martí**, volumen I, número 2, pp. 59-121.

17 DEL MONTE, Domingo, op. cit., volumen IV, pp. 21-24 y 107-109.

18 VVAA, **Diccionario de la Literatura cubana**, op. cit., volumen I, pp. 105-108; BATISTA VILLAREAL, Teresa, (1965), **Catálogo de publicaciones periódicas cubanas de los siglos XVIII y XIX**, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, pp. 123-124, 148-151.

19 BUENO, Salvador, (1963), **Historia de la literatura cubana**, La Habana, Minis-

cedió con *Cecilia Valdés*): Francisco y Dorotea (él negro y ella mulata) que acabó trágicamente con la muerte del primero como consecuencia de los intensos castigos corporales a los que le sometió el mayoral Antonio, de origen peninsular, por orden del rico hacendado Ricardo, natural de la isla de Cuba e hijo de la también “cubana” Dolores Mendizábal. Fruto de esta relación entre esclavos, que es considerada “fuera de orden”, pues estos eran tenidos por animales que no estaban hechos para formar y vivir en parejas como los blancos, nació una niña²¹. La historia, no obstante, es mucho más compleja, como trataremos de explicar.

A Domingo del Monte nunca le gustó el título de *Francisco* para la fábula y pretendió que su autor se lo cambiase por el de *El Ingenio o las Delicias del Campo*. Esta alteración no era gratuita sino indicativa de la doble intencionalidad del texto. Tras el título de *Francisco*, que hacía referencia al nombre del esclavo protagonista de la obra, se pretendía resaltar la necesidad de acabar con la trata de esclavos²². Por el contrario, *El Ingenio o las Delicias del Campo* quería poner

de relieve el otro gran tema de esta producción, la descripción detallada, por primera vez en una novela, de la actividad económica de la oligarquía a la que representaban del Monte y Suárez Romero: el ingenio como motor básico del desarrollo productivo de algunas zonas de la isla, aunque estuviera lastrado por el comercio de esclavos y su empleo en el trabajo del campo. Esta práctica fue criticada a lo largo de toda la obra basándose en una serie de valores que supuestamente adornaban a la oligarquía pero tras los cuales realmente se ocultaban intereses económicos indiscutibles; del Monte y los suyos consideraban que el fin del tráfico de esclavos era imprescindible para que la explotación de los ingenios se transformase en una actividad capitalista. Pero no narró la actividad económica de la oligarquía tomando como protagonista a uno de esos hacendados azucareros, sino que lo hizo a través de la historia de un esclavo. Francisco y su vida le sirvieron al autor para describir el sistema productivo de los ingenios habaneros²³.

De forma paralela, este trabajo también fue usado por Suárez para re-

21 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit. pp. 22-26; SOSA, Enrique, (1976), “La esclavitud en la novelística cubana del siglo XIX”, en, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, septiembre-diciembre, pp. 53-92.

22 HERNÁNDEZ AZARET, J.C., (1983) “Francisco: protagonista de la primera novela antitratista cubana”, en, Santiago, número 52, pp. 193-202.

23 BARREDA, Pedro, (1979), *The Black Protagonist in the Cuban Novel*, Andover, University of Massachusetts Press; COULTHARD, Gabriel R., (1958), *Raza y color en la literatura antillana*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos; SCOTT, Rebecca, (1989), *La emancipación de los esclavos en Cuba. La transición al trabajo libre, 1860-1899*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 25-69.

crear una sociedad asentada sobre el principio liberal de estatus social según la riqueza económica, que él y su grupo imaginaban como ideal para la isla, pero que no se ajustaba a la realidad, sino que era parte de ese proceso de cimentación de identidad²⁴. A cada origen le asignó una determinada actividad económica, un carácter (costumbres, formación, virtudes, etc...) y, finalmente, una posición en la imaginaria escala social a la que, con el tiempo, estos intelectuales se encargaron de darle un origen histórico. Los negros y gente de color en general fueron excluidos de este esquema.

La cúspide de esta pirámide social la ocupaban, según Anselmo Suárez, los criollos²⁵. Criollo era Ricardo, el hijo de Dolores Mendizábal, la dueña del ingenio, también criolla. En Ricardo encarnó el autor los “vicios” que la oligarquía debía corregir, muchos de los cuales no eran culpa suya sino del ambiente y la mala educación recibida²⁶. Este joven era el hijo único de

la señora Mendizábal, su padre murió poco después de que él naciera, así es que su madre vertió en él todo el cariño. Como no le gustaba estudiar, le permitió que no lo hiciera porque tenían dos ingenios y varias casas en la ciudad, con lo cual, nunca vendrían para ellos malos tiempos²⁷:

“...Apenas estuvo Ricardo en capacidad para dirigir las fincas del campo, cuando comenzó a frecuentarla. Allí encontró una porción de personas, los esclavos, los mayordomos, los mayordomos, todos sujetos, que más que menos, a su imperio, y obedientes a sus órdenes; allí desplegó, respecto a los operarios, una soberbia sin límites, y en cuanto a los negros, la crueldad que el roce con los guajiros y su falta de cultura y de moral, habían de acarrear por precisa consecuencia...”²⁸.

Dolores Mendizábal, habanera de toda la vida, encarnaba las virtudes de los criollos liberales: era una buena católica, mujer bien educada, encargada de las cosas de su casa, sometida a su marido, “*caritativa con los pobres e inferiores*” y no era noble²⁹:

24 RODRÍGUEZ, Ileana, (1979), “Liberalismo esclavista y romanticismo abolicionista: el grupo de Domingo del Monte”, en, **Cuadernos Universitarios**, número 5, pp. 12-36.

25 Entendían por criollos sólo a los descendientes de peninsulares nacidos en Cuba y no a los descendientes de africanos nacidos en la isla, que también eran llamados así.

26 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., p. 7; LEAH MESÓN, Danusia, (1987), *Historia y ficción en Francisco. Novela antiesclavista cubana del siglo XIX*, Maryland, University of Maryland, pp. 102-163; RIVAS, Mercedes, (1990), *Literatura y esclavitud en la novela cubana*

del siglo XIX, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, pp. 170-196.

27 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 53-55; HENRÍQUEZ UREÑA, Max, *Panorama histórico...*, op. cit., volumen I.

28 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., p. 55.

29 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 77-80; LEAH MESÓN, Danusia, op. cit., pp. 115-130; CALLAHAN, William J., (1989), **Iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874**, Madrid, Nerea.

“...Es cierto que realzaban a esta criolla su beneficencia y trato amable; prendas de más valía que su inmenso caudal y que el esplendor de su linaje. Pero en Cuba se distinguen los colores de las personas al ponerse en práctica; la humanidad y lo afable del trato son muy diferentes, según que recaigan en los negros o en los blancos [...] La señora ama de Francisco, que nació y se crió entre esclavos, no pudo eximirse enteramente de este influjo pernicioso, si bien no oprimía con castigos a sus siervos, los miraba siempre con aquel desapego y sequedad que bastan para señalar la distancia que media de un esclavo a un señor...”³⁰

Bajando en la estratificación social, el mayoral era el siguiente nivel y en él encarnó Suárez los valores de los peninsulares (es decir, el peninsular se sitúa por debajo del criollo porque su fortuna es menor). Antonio, que era como se llamaba el mayoral de la hacienda, era un hombre de mal corazón y cruel como nadie con los esclavos. En él se reunían las peores cualidades: era el que practicaba los “boca abajo”³¹ a Francisco; era un animal más que una persona pues la novela se inicia con un castigo de este a Francisco, y solo después de darle la paliza, le preguntó a su superior,

Ricardo, cuál había sido la causa y él le explicó que fue porque había dejado embarazada a una criada³². El criollo era un justiciero, el peninsular simplemente cruel. El mayoral le confesó a Ricardo que odiaba a los toties (negros) y le narró cómo castigó a Francisco: “...Le mandé a Juan, a Candelario, a Wenceslao y a Crispín que me lo sujetaran por las manos y las patas; y yo mismo con estas manos ¡Cómo las maldecirá el maldito! Empecé a desflecarlo...”³³.

El amo le preguntó a Antonio si le brotó la sangre y el respondió afirmativamente y que después le echó orines con aguardiente, sal y tabaco en las nalgas y dio saltos “como un venado”. No contento le hizo trabajar ese día cortando caña y no lo dejó descansar a la sombra como le había dicho Ricardo³⁴. El mayoral les había dado tantos latigazos que mandó a la enfermería 35 negros³⁵. Trabajó en diez ingenios y desde el primer momento “había traído rectos a los negros”³⁶. Anselmo Suárez situó

30 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 15-18.

31 Esta era una forma de “castigo” que consistía en atar de pies y manos al esclavo en un soporte, darle la vuelta y azotarlo bocabajo.

32 LEAH MESÓN, Danusia, op. cit., pp. 132-145; RIVAS, Mercedes, *Literatura y esclavitud en la novela cubana*, op. cit.

33 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., p. 7.

34 *Ibíd.*, pp. 7-9 y 13.

35 *Ibíd.*, pp. 41-47.

36 En 1824 dirigía el ingenio San Salvador, cerca de Matanzas y como corría el rumor de que los negros se iban a levantar, él no se amedrentó, se llevó a sus dos perros de presa y preparó un garrote de madera y cuando los negros empezaron a “tentarlo” les dio “duro”, y a partir de entonces lo obedecían sin rechistar. *Ibíd.*, p. 11.

al criollo en el colofón de la escala social y al mayoral peninsular por debajo de él en el ingenio, que representaba el reino donde gobernaban los criollos ya que no lo podían hacer en la isla de Cuba pues la “*tiranía peninsular*” lo controlaba todo.

En lo más bajo de la pirámide social quedaban los esclavos, aunque entre ellos también había diferencias pues los esclavos que atendían a los amos en su casa tenían unas condiciones de vida bastante mejores que los que se dedicaban a cortar caña en los campos del ingenio. El literato critica a lo largo de todo el libro la esclavitud, pero no porque considerase a los negros como personas iguales a los blancos sino porque su posición tenía más que ver con intereses económicos³⁷. Esta práctica era un lastre que comenzaba a pesar sobre el desarrollo económico de los ingenios porque mantenía a la oligarquía a expensas de los precios que los comerciantes impusieron a los esclavos. Por eso Suárez y el resto de los pensadores en torno a del Monte habían apostado, desde hacia años, por una sustitución de los negros por trabajadores libres³⁸. El autor sentía el desprecio más ab-

suelto hacía los esclavos y gente de color en general, a la que atribuía toda clase de “vicios”. No eran iguales a los blancos y sus costumbres y hábitos fueron excluidos totalmente del sistema cultural que Suárez y los suyos estaban elaborando, pues no se adaptaban a los principios liberal-burgueses defendidos por ellos. Sus danzas y canciones, de origen africano, nunca fueron aceptadas como “cubanas” sino que las consideraron bailes tribales de un pueblo casi salvaje que las había traído consigo a la isla de Cuba desde África³⁹. Así lo expuso al describir las diversiones de los esclavos en su noche de descanso:

“...*Los negros pedían permiso al dueño para tocar el tambor y éste se lo permitía [...] Dos negros mozos cogieron los tambores, y sin calentarlos siquiera comenzaron a llamar, como ellos dicen, mientras los demás, encendían en el suelo una fogata con paja seca y bailaban cada cual por su lado. Al toque, los guardieros de aquí, de allí, de acá, los negros que servían en las casas, los criollitos, todos se juntaron en los bohíos. Entonces fue menester calentar tambores; para eso encendían la fogata, así se endurece el cuero que cubre una de sus cabezas, la más ancha, y adquiere sonoridad, y rebota la mano y retumba mejor el sonido en lo hueco del cilindro; sin cantarla no se oye bien [...] no aturde,*

37 CUZA MALÉ, B., (1985), “Anselmo Suárez y Romero: ¿Esclavista?”, en, *Linden Lane Magazine*, número 4, volumen I., pp. 10-12; DESCHAMPS CHAPEAUX, P., (1984), De Francisco a El Negro Francisco, en, *Bohemia*, número LXXVI, pp. 16-19.

38 BUENO, Salvador, (1984), *Temas y personajes de la literatura cubana*, La Habana, Unión-Ensayo., pp. 51-73.

39 BRASS, Paul, (1991), *Ethnicity and Nationalism*, London, Sage, pp.34-56.

no da alegría, no hace saltar. La negrada cercó a los tocadores; dos bailaban solos en medio, una negra y un negro; los otros acompañaban, palmeaban y repetían el estribillo que correspondía a la letra de las canciones con que los viejos les guiaron [...] los varones iban sacando a las hembras [...] Y las negras no se negaban, jamás desairan a los compañeros [...] el tambor para los negros de nación y para los criollos que con ellos se crían, les enajena, les arrebató el alma... ”⁴⁰.

Otra prueba del “estado de salvajismo” de los esclavos era su falta de unidad pues cuando Dorotea bajó al campo de la hacienda a buscar a Francisco, lo hizo acompañada de su propia sirvienta y trató con desprecio a los negros con los que se encontró en el camino⁴¹. El contramayoral del ingenio era un negro que castigaba de forma más dura a los esclavos que el propio mayoral; no existía solidaridad entre ellos⁴².

Los esclavos se caracterizaban por tener costumbres ancestrales en nada parecidas a los principios liberal-burgueses del grupo de del Monte. Francisco y Dorotea eran dos excepciones a este mundo pues ambos

querían casarse, formar una familia y obtener la libertad para trabajar. Por eso Francisco, cuando estaba entre negros solo escuchaba las canciones de estos, pero no bailaba⁴³. Dorotea se resistía a su destino, el de servir de amante de Ricardo. Este último, al ser burlado por una sierva suya, una mujer de color, intentó, primero con ruegos y luego con amenazas, hacerla su “querida”, pero de nada le valió pues ella era una “esclava excepcional” y no cedió al chantaje del acoso, de ofrecerle la liberación, ponerle una casa en La Habana con criada, vestidos lujosos, etc... y como ella no condescendió a sus deseos la amenazó con castigar a Francisco⁴⁴. Finalmente, la mujer aceptó su destino para que no matara a latigazos a su amado⁴⁵. El amor de los dos esclavos era imposible porque estos “estaban hechos para amancebarse, como los animales, y no para vivir en pareja”, ⁴⁶como marcaban los valores burgueses que se trataban de implantar y que pretendían alejar al ser humano de sus instintos más pri-

40 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 71-73.

41 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 80-89; LEAH MESÓN, Danusia, op. cit., pp. 132-145.

42 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 28 y 52.

43 Ibídem, pp. 75-76 y 20.

44 Ibídem, p. 57 y STOLCKE, Verena, (1992), *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*, Madrid, Alianza América, pp. 24-58.

45 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 115-156; KANDIYOTI, Dniz (ed.), “Gender and Nationalism”, en, *Nations and Nationalism*, número 6, pp. 15-27; ABDUL JAN, Mohamed, (1985), “The Economy of Manichean Allegory, The Function of Racial Difference in Colonialist Literature”, en, *Critical Inquiry*, 12, número 1, pp. 57-87.

46 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 103.

marios y menos racionales, mediante su “culturización”⁴⁷. La novela termina con la muerte de Francisco a manos del mayoral, que representaba a los peninsulares, a los que acusa de ser los verdugos de los esclavos. El papel del esclavo en la obra de Anselmo Suárez puso de relieve la gran contradicción del paradigma de “cubanidad” de la oligarquía azucarera. Los blancos aristócratas se sentían vejados porque la metrópoli les discriminaba a ellos, también blancos, aunque “cubanos”; pero estos últimos fueron incapaces de comprender la parte de su prosperidad que debían al trabajo del negro ni que era imposible la creación de un paradigma cultural cubano sin incluir a la población de color.

EL MUNDO MULATO EN CECILIA VALDÉS

A diferencia de este mundo de esclavos que nos presenta Anselmo Suárez en su obra, Cirilo Villaverde profundizó mucho más en el papel del mulato libre en esa sociedad cubana. A través de su novela, su autor nos presenta una trama amorosa protagonizada por la mulata Cecilia Valdés y el blanco Leonardo Gamboa, basándose en la cual nos recrea nuevamente el boceto de la sociedad habanera y cubana que él pretendía llegar a construir y el papel de la población de color en esta sociedad. Su

autor, aunque inició la obra en 1839 y entonces la publicó en fascículos, no la acabó hasta varias décadas después, y lo hizo con el mismo título, pero con el subtítulo “*O la Loma del Ángel*”⁴⁸. Aunque a fines del siglo XIX se presentó como una novela en la que se reflejaba la sociedad cubana de esa centuria realmente fue una recreación de la realidad social que Cirilo Villaverde, igual que Anselmo Suárez, pretendieron imaginar como el contexto social de esa unidad en proceso de invención llamada Cuba. El autor se inspiró en el mundo que le rodeaba a él y a su clase para escribirla. Por eso situó cronológicamente los acontecimientos que en ella tienen lugar a partir de 1812, haciendo coincidir el nacimiento de su protagonista mulata, Cecilia, con el suyo propio, la hizo moverse por La Habana, una ciudad que conocía bien Villaverde; extendió su argumento hasta 1831, un año después de graduarse en leyes él mismo, y graduado en leyes también era el protagonista masculino de su fábula⁴⁹. El ingenio y cafetal donde se movían sus personajes se situaba en la misma zona donde su familia tenía

47 SUÁREZ ROMERO, Anselmo, op. cit., pp. 105-108.

48 VILLAVERDE, Cirilo, (1975), *Cecilia Valdés*, op. cit., VVAA, *Cuentos cubanos del siglo XIX. Antología*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, pp. 182-207; RIVAS, Mercedes, *Literatura y esclavitud...*, op. cit., pp. 170-196.

49 VILLAVERDE, Cirilo, op. cit., p. 12; ÁLVAREZ GARCÍA, I., (1984), *La obra narrativa de Cirilo Villaverde*, La Habana, Letras Cubanas, pp. 5-44.

el suyo, en Pinar del Río. El escritor realmente había vivido en compañía de todos los actores de su trama, narró sus recuerdos personales, poniéndolos en cabeza ajena y al servicio de la oligarquía a la que representó. Este hombre optó, como Anselmo Suárez, por considerar como fija e inmutable la sociedad que él describió, para lo cual acudió a la crítica de costumbres que no se adecuaban a la sociedad liberal burguesa en ascenso⁵⁰. Por supuesto, el racismo asomó en las descripciones de personajes mestizos, por el excesivo cuidado puesto en detectar las mixturas raciales, la repetición de criterios predominantes sobre los negros y la exageración de los defectos, la imagen idealizada de una ama de esclavos bondadosa, poco menos que tocada por la gracia divina (Isabel Ilincheta) y su entorno de una esclavitud paternal y dócil⁵¹.

El novelista insistió en describir el supuesto enfrentamiento entre criollos y peninsulares mucho más que lo hecho por Suárez y Romero en *Francisco*, personalizándolo en el seno mismo de la familia Gamboa. La esposa de Cándido Gamboa, peninsular, era Rosa Sandoval, criolla y madre del rellollo (el nacido en Cuba en segunda o tercera generación) Leonardo. A esto se unía la idea de la mulata como la que intentaba integrar al mulato y al negro en el concepto de identidad cubana que encarnaba en la familia Gamboa. Ella era un objeto sexual a la que se veía como una “*segundona*”, postiza, nunca una igual al blanco y, por tanto, solo podía llegar a ser amante pero nunca esposa de este y no formaría parte de esa familia, de esa identidad en construcción; por supuesto, tampoco el negro. El autor quiso que la familia Gamboa representase a la “*nación cubana*”, con todos sus “ingredientes”⁵².

La pugna que mantuvieron en toda la obra el hijo y padre, Leonardo y Cándido, tenía connotaciones de rebeldía ante el imperio de la voluntad obtusa del segundo, que encarnaba al mando colonial de la isla frente a los criollos. Para acentuar los criterios criollos de Rosa y Leonardo no faltaron incidentes y recurrencias, muy bien aprovechadas por el narrador⁵³. Rosa Sandoval, aunque como criolla

50 CASTELLANOS, José F., (1947), “Del Monte y Villaverde en Cecilia Valdés”, en, *Revista de La Habana*, junio de 1947, pp. 3-16; GONZÁLEZ, Reinaldo, (1983), *Contradanzas y latigazos*, La Habana, Letras Cubanas, pp. 53-91; BUENO, Salvador, (1986), “Cirilo Villaverde y su novela máxima”, en, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, pp. 43-67; FERNÁNDEZ VILLAUURUTIA, R., (1957), “Para una lectura de Cecilia Valdés”, en, *Revista Cubana*, núm. XXXI, volumen I, pp. 31-43; GONZÁLEZ, Reinaldo, (1981), “Para una lectura historicista de Cecilia Valdés”, en, *Revista Casa de las Américas*, pp. 84-92; MOREJÓN, N., (1980), “Cecilia Valdés, Mito y realidad”, en, *Revista de la Universidad de La Habana*, pp. 51-61.

51 VILLAVERDE, Cirilo, *Cecilia Valdés*, op. cit., pp. 105-113; BRASS, Paul, op. cit.

52 VILLAVERDE, Cirilo, op. cit., pp. 76, 212-215; RIVAS, Mercedes, op. cit., pp. 103-169.

53 GONZÁLEZ, Reinaldo, op. cit., pp. 31-53.

se reveló contra Cándido Gamboa, finalmente debió acatar la conducta de su marido y su conducción de la familia con mano tan dura como lo hacía el gobernador con la sociedad de la isla en su conjunto⁵⁴. Villaverde también incluyó a un militar peninsular que cortejaba a la hija de la familia y nos presenta a un Leonardo que llevado a su mundo de picardía no le hacía gracia que un castrense le “*soplase*” a su hermana. Esto avivaba el doble odio que le inspiraba este en su doble carácter de soldado y peninsular.

A las puertas de ese mundo de blancos, pero fuera de él y, por tanto, también del concepto de identidad en construcción, quedó el mulato, representado en la obra por Cecilia Valdés que sintetizaba las concepciones despectivas hacia este a lo que se unía su condición de mujer⁵⁵. Cecilia asumió, desde su razón de personaje literario, la manipulación sexista y cuanto de malo para la sociedad liberal endilgaban los blancos a las mulatas, es decir, peligro para los matrimonios establecidos, seducción y pérdida

del sentido para el hombre blanco, ser capaz de atraer por su sensualidad, posibilidad siempre latente de un amor advenedizo que se deseaba disfrutar pero no se apreciaba para matrimonio. Villaverde resaltó determinados elementos que él consideró demostrativos de la inferioridad de los mulatos y negros, poniendo así de manifiesto su profundo racismo y el de la clase a la que representaba: “... *sólo aceptaba como propio [Cecilia Valdés] el destino junto a hombres de raza blanca o superior, como que era de ellos de quienes podía esperar distinción y goce...*”. Su abuela, inquieta por el destino y futuro de Cecilia deseaba casarla con un hombre blanco porque: “...*blanco, aunque pobre, sirve para marido; negro o mulato, ni el buey de oro...*”. Cecilia creció asimilando estas ideas y por eso decía: “...*de mulato sólo quiero las mantas de seda; de negro sólo los ojos y el cabello...*”⁵⁶. La mulata era “*buena para la cama pero mala para el casamiento*”, buena para ponerle la casita en extramuros pero no para llevarla al hogar, era la que “*había mejorado la raza*”, no era negra com-

54 *Ibidem*, pp. 265-270; SÁNCHEZ, J.C., (1971), “La sociedad cubana del siglo XIX a través de *Cecilia Valdés*”, en, **Cuadernos Americanos**, número 2, pp. 123-134; YOUNG, R.J., (1949), *La novela costumbrista de Cirilo*, Villaverde, México, UNAM.

55 HERNÁNDEZ AZARET, J.C. SF., **Los personajes femeninos en Cecilia Valdés**, Santiago, Dirección de Información Científico Técnica; BARREDO, Pedro, op. cit. BUENO, Salvador, op. cit., pp. 105-122.

56 VILLAVERDE, Cirilo, op. cit., pp. 3, 12-15, 101-102; STOLCKE, Verena, op. cit., pp. 1-20; GONZÁLEZ, Reinaldo, op. cit., pp. 31-53; BUENO, Salvador, (1986), “Esclavitud y relaciones interraciales en Cecilia Valdés”, en, **Revista de la Biblioteca Nacional José Martí**, volumen 77, número 1, pp. 43-68; LEANE, C., (1975), “Cecilia Valdés: espejo de esclavitud”, en, **Revista Casa de las Américas**, pp. 19-25.

pletamente sino mulata. Esa concepción que expresó Villaverde estaba también presente en José Antonio Saco, en Francisco Arango y Parreño, en Domingo del Monte, etc... e incluso en la forma popular de hablar sobre estas cuestiones, según la cual casarse con blanco era “adelantar” y con negro “atrasar”⁵⁷.

Cecilia Valdés tuvo que acudir a sus “atractivos de mujer” como única posibilidad; resignada a las limitaciones que el medio le había impuesto. Ella amó y quiso ser amada, pero su potencialidad sensual impidió que despertara sentimientos duraderos; resultó vencida al empeñarse en un vínculo amoroso prohibido por la sociedad. Leonardo Gamboa la amaba, pero la desconfianza lo acompañó siempre. Su propio padre aceptó que “*es bien criada y de vida honesta [...] no ha dado aún que decir*” pero existía una razón para sospechar de su moralidad “...*No hay que fiarse mucho de su virtud. Es mulata y ya se sabe que hija de gata, ratones mata...*”⁵⁸. La atracción de Cecilia, sin embargo, no superaba el ámbito sexual o de la envidia. Hemos de tener en cuenta que la relación con una blanca, en paridad de condiciones, no resultaba cuestión de bromas para aquellos jóvenes ricos, porque llevaba implícitas consideraciones de economía familiar. Esto se puso de manifiesto en todo el ritual que conllevó la oficialización

del noviazgo entre Isabel y Leonardo, todo un convenio entre familias, con previsiones y cálculos⁵⁹. La mulata era considerada por esa sociedad burguesa como un asidero, un paliativo “*a los naturales impulsos viriles de los jóvenes blancos ricos*”. Por supuesto, la razón esgrimida por Cirilo Villaverde en la publicación definitiva de la obra no era esta sino el parentesco que existía entre Leonardo y Cecilia. Sin embargo, una comparación con el texto publicado en 1839 en *La Siempreviva* nos hace decidimos por la argumentación expuesta. Todo esto que narra el autor nos condiciona para recibir como lógica la tragedia que dio fin al conflicto de la mulata. El padre de Leonardo, impulsado por su complejo de culpa, hizo que la internaran en la cárcel para prostitutas y el peor elemento del hampa femenina, es decir, la Casa de Recogidas, que se había encargado de poner en marcha la Sociedad Económica de La Habana, institución que encarnó y representó esos valores burgueses casi desde el momento de su fundación a fines del siglo XVIII⁶⁰.

Villaverde, aunque se negó a admitir a los mulatos dentro de la estructura social que su grupo estaba armando, a diferencia de lo que hizo Anselmo Suárez Romero en *Francisco*, reconoció en su libro el mestizaje como una realidad de la sociedad cubana. Esta práctica era inevitable por la

57 GONZÁLEZ, Reinaldo, op. cit., p. 369.

58 VILLAVERDE, Cirilo, op. cit., pp. 40-42.

59 KANDIYOTI, Dniz (ed.), op. cit., pp. 54-57.

60 GONZÁLEZ, Reinaldo, op. cit., pp. 113-159.

convivencia del esclavo doméstico con sus amos, atendiéndolos en la intimidad y también en sus actividades sociales. No solo por eso, sino que los niños blancos eran criados por las esclavas negras, quienes en su lengua bozal les narraban cuentos de su tierra. Al hijo del hacendado sus padres le regalaban un muleque, el niño negro que jugaba con él y que tan bien describió Milanés en una de sus poesías, y con él crecía aunque el blanco era el “señorito” y el negro el “criado”⁶¹. Este mestizaje también se puso de manifiesto en los bailes de cuna, que eran fiestas dadas por mujeres y por eso se le llamaba la cuna de fulana o de mengana⁶².

En la fábula también aparece el esclavo negro asociado a dos actividades económicas de la oligarquía: el ingenio y el cafetal. En estos momentos se estaba produciendo una fuerte crítica hacia la trata de esclavos por parte del grupo en torno a Domingo del Monte y, por tanto, todas las tintas se cargaron contra el ingenio, que era el sector productivo que más los empleaba

frente al cafetal, mucho menos duro en este sentido. Por eso, el narrador nos muestra lo felices que eran los negros del cafetal “La Luz”, donde se sentían parte de una familia cuyo patriarca era Tomás Ilincheta, pero quien regía de forma bondadosa era su hija Isabel que lo hacía basándose, no en una relación amo-esclavo sino, en una armonía fundada en el temor y respeto a Dios. Frente a esto, nos enseña el infierno que suponía ser esclavo en la plantación cañera “La Tinaja”. Esta actitud de crítica hacia esta práctica no la debemos entender como un acto humanitario sino como simple interés económico. La esclavitud no condicionaba directamente la modernización del sector, como han explicado varios autores, y prueba de ello es que, como mostró Moreno Fraguinals, el beneficio del azúcar produjo notables progresos tecnológicos antes de la abolición de esta. La dificultad era más compleja pues los hacendados eran conscientes de que, debido a las restricciones impuestas por los ingleses al comercio de negros, el precio de los esclavos no haría sino aumentar, como así ocurrió, comprometiendo tanto los beneficios del negocio como la exportación del azúcar. Pero además, existía un problema político vinculado a la trata pues el mantenimiento del tráfico generaba una situación de endeudamiento crónico de los hacendados con los comerciantes; que controlaban el negocio de la compraventa de esclavos y también una dependencia absoluta de sus circuitos de distri-

61 MILANÉS, José Jacinto, (1965), *El negro alzado, 1835*, en, MILANÉS, José Jacinto, (1965), *Obras*, Nueva York, pp. 123-132. José Jacinto Milanés era un poeta costumbrista nacido en Matanzas cuya obra tocó temas ligados a los negros y esclavos.

62 VILLAVEVERDE, Cirilo, op. cit., pp. 31-50 y 161-199. Los bailes de cuna se daban generalmente en tiempos de feria y a ellos tenían entrada todos los individuos de ambos sexos y de todos los colores. **La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo**, en el número de 16 de enero de 1829, describe uno de estos bailes.

bución de mano de obra forzada, lo que impedía la aparición de una clase dirigente habanera. Por eso, el autor criticaba al ingenio y alababa al cafetal como una forma de producción no tan dependiente de la mano de obra esclava⁶³. Hay que tener en cuenta que en el cafetal se combinaba el tipo de mano de obra y, además, el café fue un producto que entró en el mercado internacional más tarde que el azúcar.

Finalmente, Villaverde desarrolló en su novela otro punto enunciado por Anselmo Suárez, el uso de la religión como un elemento justificador y mantenedor de ese orden social que él y su grupo querían establecer. Rosa Sandoval aludía con insistencia a los preceptos de la religión católica pues el autor quería ejemplificar en ella las características, a su juicio típicas, de un ama de esclavos a quien la argumentación religiosa le sirvió para amparar la explotación de la plantación y la trata. En este mundo la religión se entendía como instrumento de poder y compulsión ideológica en un entorno de agudas desigualdades. Rosa Sandoval no dudó en rodear su figura de un aura casi divina frente a quienes la sojuzgaban pues ella personifica al amo-dios, capaz de castigar con furia, pero sensible e indulgente

cuando se le solicitaba con sumisión. El “practicismo” a que llegó el catolicismo en el emporio azucarero quedó ejemplificado en la *Explicación de la doctrina cristiana acomodada a la capacidad de los negros bozales*, una obra de Antonio Duque Estrada, editada en la imprenta de Severino Boloña en 1823. Su objetivo era, sin rodeos, atenuar la rebeldía del negro y justificar los rigores del régimen esclavista. Una de sus partes decía “*Dios me hizo esclavo, él quiere que yo sirva a mi amo, pues voy a trabajar porque Dios quiere...*”⁶⁴.

Francisco y Cecilia Valdés fueron las primeras novelas contrarias a la trata de esclavos escritas en lengua castellana. En ellas se inspiró posteriormente Emilio Castelar para escribir su obra *Historia de un Corazón*⁶⁵. No solo eso, sino que la famosa obra *Uncle Tom's Cabin (La cabaña del tío Tom)*, de la estadounidense Harriet Store, fue posterior a *Francisco y Cecilia Valdés*. *The Slave: or Memoir of Archy Moore*, de Richard Hildreth, sí se adelantó a estas obras⁶⁶. Este último texto, ubicado en el realismo crítico, aunque con muchos aspectos románticos, aventajó a los cubanos en la presentación más abarcadora de las

63 GONZÁLEZ, Reinaldo, op. cit., pp. 31-53 y 105-113; DESCHAMPS CHAPEAUX, P., (1970), “Autenticidad de algunos negros y mulatos de Cecilia Valdés”, en, **La Gaceta de Cuba**, número 81, pp. 24-27; JACKSON, R.L., (1976), *The black image in Latin American Literature*, Albuquerque, The University of New México Press .

64 WILLIAM J. Callahan, op. cit., ;GONZÁLEZ, Reinaldo, op. cit., pp. 228-265.

65 CASTELAR, Emilio, (1874), *Historia de un Corazón*, Madrid, Librería de Locadio López.

66 HILDRETH, Richard, (1836), *The Slave: or Memoir of Archy Moore*.

miserias del régimen esclavista, así como en el cúmulo de argumentos filosóficos y jurídicos en su contra.

Posiblemente, parte de la fuente de inspiración para escribir *Cecilia Valdés* y *Francisco*, la debamos buscar en la novela del autor francés Víctor Hugo, *Bug-Jargal*, escrita en 1826⁶⁷. Esta obra era bien conocida en Cuba en 1836 pues, en general, las novelas de Hugo eran muy admiradas por el grupo de del Monte. En carta del 13 de febrero de ese año, dice Félix Tancó a del Monte:

“He recibido del norte las obras dramáticas de Víctor Hugo en ocho volúmenes, edición preciosa de Bruselas... ¿Y qué dice usted del Bug-Jargal? Por el estilo de esta novelita quisiera yo que se escribiese entre nosotros. Piénselo bien. Los negros en la isla de Cuba son nuestra poesía, y no hay que pensar en otra cosa; pero no los negros solos, sino los negros con los blancos, todos revueltos, y formar luego los cuadros, las escenas, que a la fuerza han de ser infernales y diabólicas; pero ciertas y evidentes. Nazca pues nuestro Víctor Hugo, y sepamos de una vez lo que somos, pintados con la verdad de la poesía, ya que conocemos por los nú-

*meros y el análisis filosófico la triste miseria en que vivimos”*⁶⁸.

Dos años después, el 7 de junio de 1838, vuelve a tocar el tema:

*“La carta que me remites y que te devuelvo de M. Madden me parece muy acertada, y sus razones no tienen réplica. Yo sí creo que entre nosotros se puede escribir algunos libros literarios por el estilo del Bug-Jargal, libros terribles y de muy original poesía que harían la reputación de cualquiera que los escribiese, teniendo el genio de Byron o de Víctor Hugo: este genio es el que falta entre nosotros”*⁶⁹.

Bug-Jargal, un esclavo negro, es el protagonista de la obra del francés. Como Francisco, y como luego el Antonio de Castelar, Bug-Jargal es un hombre instruido. El novelista ofrece el dato al lector por boca del propio personaje, cuando este relata al supuesto narrador, D’Auverney, cómo los blancos engañaron a su padre, rey de Kikongo, y cómo le enseñaron a él, niño todavía, esos fútiles adornos del saber que tal sorpresa habían causado a su interlocutor al conocerlo⁷⁰. Pero Bug-Jargal es jefe de un grupo de esclavos sublevados en Haití, al producirse la revolución. El protagonista de Hugo se lanza a la lucha por

67 HUGO, Víctor, (1962), *Bug-Jargal*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba; ANDRADE, Coello, (1941), *La novela en América; sus raíces*, Quito, Imprenta del Ministerio de Educación; BARBAGELATA, Hugo D., (1947), *La novela y el cuento en Hispanoamérica*, Montevideo.

68 DEL MONTE, Domingo, op. cit., volumen III., p. 51.

69 DEL MONTE, Domingo, op. cit., volumen VIII, p. 89.

70 HUGO, Víctor, op. cit.

la libertad y levanta a un enorme contingente de oprimidos. En esto último Francisco no lo imita.

LA MADURACIÓN DE LA IDENTIDAD CUBANA A TRAVÉS DE LA LITERATURA

Domingo del Monte expuso las líneas generales por donde debía guiarse la literatura en la construcción cultural, en función de los intereses económicos a los que respondían él y su grupo. Esta estructura no estuvo perfectamente definida desde un principio, sino que hubo una evolución en su pensamiento a lo largo del tiempo y, además, sus compañeros y miembros de tertulia la fueron adaptando a medida que las ideas iban madurando. En un principio consideró del Monte que la poesía era el género literario más importante, el que permite describir la realidad como ninguno. Realmente lo escogió porque era el que mejor se adaptaba a sus intenciones, el más ambiguo y el que admitía una mayor diversidad de interpretaciones de lo que el autor quería decir, ya que únicamente se le exigía a este adaptarse a una métrica determinada para que entrara en esa categoría de poesía; esto le permitía modelar la realidad a su gusto. Sin embargo, pronto vio en la novela un campo de trabajo muy interesante. Este género le permitía la ambigüedad de mezclar realidad y ficción y, por tanto, la convirtió en una herramienta para interpretar la historia de la isla a favor de los in-

tereses económicos a los que representaba⁷¹. Los primeros impulsores de este género fueron Ramón de Palma, que en 1838 escribió en *El Álbum* las producciones *Pascua en San Marcos* y *El cólera en La Habana*, y José Zacarías González del Valle, que dio a la luz *Amar o morir* y *Amor o dinero*⁷². José Antonio Echeverría, I. Vivanco, Antonio Bachiller, Anselmo Suárez Romero y Cirilo Villaverde se fueron sumando a los creadores de novelas, aunque entre todos ellos fueron los dos últimos los más destacados⁷³.

71 DEL MONTE, Domingo, op. cit., volumen II, pp. 211- 244; ROMERO TOBAR, Leonardo, (1994), *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia, pp. 355-370; LLORENS, Vicente, (1989), *El romanticismo español*, Madrid, Castalia, pp. 295-324 y 343-374; BENICHOU, Paul, (1968), *Creación poética en el romancero tradicional*, Madrid, Gredos, pp. 7-9, 14-15 y 18-38.

72 DE PALMA, Ramón, (1838), “Una pascua en San Marcos”, en, *El Álbum*, abril y mayo de 1838 y PALMA DE PALMA, Ramón, (1838), “El cólera en La Habana”, en, *El Álbum*, octubre de 1838; GONZÁLEZ DEL VALLE, José Zacarías, (1838), “Amar y morir”, en, *El Álbum*, noviembre de 1838; GONZÁLEZ DEL VALLE, José Zacarías, (1838), “Amor y dinero”, en, *El Álbum*, septiembre de 1838.

73 ECHEVERRÍA, José Antonio, (1838), “El peregrino”, en, *El Álbum*, diciembre de 1838; VIVANCO, I., “Excursión a la Vuelta de Arriba” y “Sagua la Grande”, La Siempreviva, volumen I, pp. 173-185 y volumen III, pp. 45-50; Bachiller y Morales, Antonio: “Recuerdos de mi viaje a Puerto Príncipe”, en, La Siempreviva, volumen I, pp. 23-24, 79-84 y 285-289 y volumen II, pp. 5-9, 230-235 y 305-310. Anselmo Suárez había escrito varios trabajos por entregas: *Una noche de reyerta*, *Un vie-*

Siguiendo estos principios, del Monte había publicado en el *Puntero Literario* algunas de sus obras a finales de la década de 1820, bajo el título “Guirnalda Cubana”. Estos poemas, en un principio, tenían como único objetivo la descripción de las características del paisaje de la isla a través de la creación de buenas imágenes, concretamente las de la Sierra de Bejucal, para lo que se valió de una historia de amor entre una tal Panchita y Basilio⁷⁴. Este primer paso, a pesar de su sencillez, era importante en la formación de identidad. Hasta ese momento los poetas salidos de Cuba, al escribir en castellano, habían intentado imitar a los peninsulares hasta en las descripciones de las realidades que ellos pintaban, y que eran generalmente las de la metrópoli. En *Rimas Americanas*, libro donde se editaron las obras poéticas de varios autores, entre los que estaban las de del Monte, se introdujo un nuevo elemento en esta línea de descripción de los campos de la isla: el retrato del paisaje “domesticado” o “culturizado” que daban a Cuba determinadas actividades económicas, las de la oligarquía de la isla, y no solo la acti-

vidad azucarera. Describió sus vegas (en Cuba son las tierras dedicadas al cultivo del tabaco, que era una actividad económica fundamental de los hacendados cubanos), los hatos y haterías (territorio destinado a la cría de ganado), los monteros y las monterías (caza de animales y establecimientos cuya función principal era la corta y explotación de las maderas preciosas de la isla), y localidades como Mantua, en la zona más occidental, Consolación y Pinar del Río. En el romance *El Montero de la Sabana* quiso representar, a través de la lucha por el amor de una mujer entre dos hombres, los enfrentamientos que existían entre diferentes actividades económicas; por eso, uno de ellos era un veguero de los Martínez, la vega más rica de toda la isla, situada en la zona de Pinar del Río, y el otro era un montero; la mujer se casó con el primero. Sin embargo, del Monte obvió todavía, en la medida de lo posible, la descripción de los ingenios y el problema de la esclavitud asociado a ellos, para intentar no transmitir la idea de que la producción de azúcar era la base económica de la isla⁷⁵.

A partir de la desaparición de la Academia de Literatura en 1834, José Jacinto Milanés, Ramón de Palma y Plácido continuaron la estela que había marcado del Monte en la poesía

jo impertinente y Carlota Valdés, pero su gran obra fue *Francisco*. MORALES Y MORALES, Vidal, (1949), *Anselmo Suárez y Romero: Biografía*, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación; GONZÁLEZ, Reinaldo, op. cit.

74 DEL MONTE, Domingo, (1830), “Hallazgo, Romance primero”, en, *El Puntero Literario*, 9 de enero de 1830, 16 de enero de 1830, 23 de enero de 1830 y 6 de febrero de 1830.

75 DEL MONTE, Domingo, (1833), “El montero de la sabana”, “El desterrado del ható” y “El guajiro”, en, HERRERA DÁVILA, Ignacio, (1833), *Rimas Americanas*, La Habana., pp. 12-13, 28 y 43.

y, por eso, dedicaron una gran cantidad de su producción a describir la naturaleza y el paisaje de la isla, perfeccionando las imágenes creadas anteriormente. Sin embargo, Milanés introdujo una novedad, y es que centró gran parte de sus esfuerzos poéticos en describir otra actividad económica del campo cubano: el trabajo en los cafetales y en los ingenios, los dos grandes sectores productivos de la zona occidental de la isla; asociado a ello no era posible obviar el problema de la esclavitud. Iniciaba así una línea que continuarán en verso, y sobre todo en prosa, otros autores, como Anselmo Suárez Romero y Cirilo Villaverde. El retrato de los cafetales, algo menos duro que el de los ingenios, pues el trabajo del esclavo no era tan penoso, como explicó después Suárez Romero, no lo hizo mediante la descripción física de esta actividad económica, como hasta entonces había ocurrido, sino a través de la esclavitud (sobre todo de la figura del esclavo), que era uno de los elementos más característicos del ingenio y de los cafetales, y uno de los mayores impedimentos para el desarrollo del sistema liberal en la isla; por este motivo Milanés criticó la esclavitud, aunque todavía lo hizo de una forma bastante romántica. Centró sus ataques en los inmensos castigos corporales que recibían estos esclavos, el peor de todos el “boca abajo”⁷⁶. Dio una esperanza al esclavo,

el cimarronaje, como única forma de vivir como una persona con entidad propia, aunque en la proscripción⁷⁷. Los esclavos, en esa sociedad liberal naciente, no eran considerados personas sino cosas y, por eso, Milanés se recreó, en su obra *Negro Alzado*, describiendo como el niño blanco usaba al pequeño hijo de un negro del cafetal como muleque o mascota para jugar:

*“A las puertas del bohío/ sentado
está el mayoral/ [...] Su hija mayor,
con un peine/ negro alisándole
va/ aquella gran cabellera/ [...] Dos
chiquillos cerca de ella/ con un negrito,
a la par/ todos tres desnudos,
juegan,/ retozan, gritan, se dan/
y cada vez que el negrito/ amenaza a
algún rapaz/ el gran manatí del padre/
que los mira retozar/ levanta en su
tierna espalda/ doloroso cardenal/...”*⁷⁸.

Como hemos visto, posteriormente, otros autores de la tertulia de del Monte, o cercanos a él, dedicaron a esta cuestión, en la misma dirección, obras completas, como *Cecilia Valés* y *Francisco*. En esta sociedad en construcción que quiere pintarnos el grupo de del Monte, el trabajo, como motor del desarrollo económico, era la forma de conseguir riqueza y prosperidad y, por eso, lo consideraron

76 MILANÉS, José Jacinto, (1965), *El esclavo, 1840*, en, MILANÉS, José Jacinto, (1965), *Obras*, Nueva York, pp. 123-132.

77 MILANÉS, José Jacinto, (1965), *El negro alzado, 1835* y *En La Fuga de la Tórtola, de 1841*, en, op. cit., pp. 152-154 y 168-173.

78 Milanés, José Jacinto, *El negro alzado...* op. cit., pp. 152-154.

un valor que dignificaba, mientras que la ociosidad y el juego, como elementos que suponían una pérdida de productividad, fueron mal vistos. Por eso se despreció a los “vagos” (entendiendo por tales al mendigo, la prostituta, el expósito, el borracho, el bandido), que estaban al margen de la sociedad, que eran “despojos” de esa sociedad. También por este motivo fueron múltiples los intentos de los autores del grupo por fomentar el desarrollo de las profesiones manuales, realizadas en Cuba hasta ese momento solo por personas de color y a las que los blancos consideraban una deshonra dedicarse por muy pobres que fueran; ellos, con sus discursos, trataron de convertir estos trabajos en honrados para la gente blanca pobre, como había sucedido en el mundo protestante. También se imaginaron en sus poemas a los blancos pobres trabajando el campo a través del arriendo de tierras a los ricos hacendados⁷⁹.

Estos “valores” debían ser inculcados como norma, para lo cual intentaron valerse de la religión. Por eso, una de las características que le dieron estos autores a esa sociedad ideal que recrearon fue la de ser católica, pues entendieron que la religión, usada

correctamente, era un instrumento para introducir y legitimar los valores del sistema liberal, como habían hecho los protestantes en Europa⁸⁰. El Dios de estos autores, también el de la señora Mendizábal en *Francisco*, era piadoso, pero a la vez vengativo, un Dios que exigía amor al trabajo, honor en el hombre y la castidad y dedicación a su familia en la mujer; una religión que criticaba el adulterio, la prostitución y el juego, pero que, sin embargo, no los combatía enérgicamente pues eran válvulas de escape que permitían mantener un sistema insostenible de otra manera⁸¹. También hay que tener en cuenta que el apoyarse en la fe católica implicaba una actitud de enfrentamiento contra las religiones de origen africano, practicadas por los negros y mulatos. Por este motivo el autor no hace referencia en todo el texto a las creencias de los esclavos negros.

La salvaguarda de esos principios liberales también supuso la defensa de un sistema de gobierno liberal, como el que se empezaba a implantar en la península, en la isla de Cuba. Por eso Plácido amplió una de las líneas que del Monte había esbozado muy some-

79 BETANCOURT, J.V., “El Jugador”, en, *La Siempreviva*, pp. 93-101; MILANÉS, José Jacinto, “El Mendigo, de 1837”, “La Ramera, de 1837”, “El Expósito en 1838”, “La Cárcel, de 1838”, “El Ebrío”, “La Promesa del Bandido”, en, MILANÉS, José Jacinto, op. cit., pp. 180-181, 185, 201, 204 y 205-207.

80 VALDÉS, Gabriel de la Concepción, “La Ambarina” y “La Sombra de Pelayo”, en, VALDÉS, Gabriel de la Concepción, SF., *Poesías de Plácido*, Nueva York, pp. 18-19 y 75-81.

81 MANZANO, Juan Francisco, (1838), “El Sueño”, en, *El Álbum*, octubre de 1838 y la de un poeta desconocido titulada, SA. 1839, “Existencia de Dios”, en, *La Cartera Cubana*, junio de 1839.

ramente en el periodo anterior: la de los poemas favorables al desarrollo de una monarquía liberal, donde se criticaba la actuación de Fernando VII y se ponían nuevas esperanzas en la reina regente y la heredera del trono⁸². No obstante, para estas fechas, finales de 1836, el grupo era consciente de que desde la metrópoli no se pretendía trasladar el sistema de gobierno liberal a la mayor de las Antillas y, además, los principios de identidad que se proponían desde la península no incluían las reclamaciones que se hacían desde La Habana y otras localidades del territorio antillano. Por eso, en la construcción de la identidad que estaba elaborando el círculo en torno a del Monte, aunque seguían manteniendo los principios liberales, comenzaron a utilizar la división criollo-peninsular, asimilando criollo a identidad cubana y peninsular a identidad española. Por esto, en sus obras, los malos tratos a los esclavos eran realizados por los comerciantes de negros, peninsulares, y una vez en el ingenio por los mayores que, según los describió con posterioridad Anselmo Suárez Romero en *Francisco*, generalmente eran peninsulares, pero no de parte de los dueños de los ingenios, que identificó con los cubanos criollos.

82 VALDÉS, Gabriel de la Concepción, "En la proclamación de Isabel II reina de España", "Diadema regia", "A la jura de la princesa heredera", "La ambarina", "A los días de la reina gobernadora de España", en, VALDÉS, Gabriel de la Concepción, op. cit., pp. 20-22, 28, 35-39, 103-108 y 110-115.

Estos autores también contribuyeron a dibujar una escala social donde los cubanos criollos fueron situados por encima de los peninsulares y la población de color fue completamente excluida de todo este proceso⁸³. La negación es un indicador de dominio y de códigos de valor, muy presentes en los procesos de construcción de identidades. Sin embargo, la exclusión de la población de color de su concepto de identidad fue su mayor error. Por eso, años después, cuando su proyecto fue retomado durante la Guerra de los Diez Años y la de Independencia, la población de origen africano tuvo que ser incluida en el proyecto de identidad cubana, pues representaba a más de la mitad de la población de la isla

CONCLUSIONES

La corona española, más arrastrada por las circunstancias que por convicción, se vio obligada a reconvertir el territorio peninsular en un estado nacional compuesto por ciudadanos durante la primera mitad del siglo XIX. Al mismo tiempo que se efectuaban estas transformaciones en la metrópoli, los distintos gobiernos tuvieron que plantearse qué papel jugaban los dominios americanos en el naciente estado español. La mayoría de los liberales peninsulares, y una parte de la elite de La Habana, se fueron decan-

83 DE PALMA, Ramón, *La danza Cubana, Devaneos de Amor*, en, DE PALMA, Ramón, Obras., pp. 38-41 y 123-126.

tando por no insertar a los territorios de Ultramar dentro del proceso de formación del estado liberal, y darles una categoría inferior políticamente a través de la legislación, porque de hecho ya era así. Sin embargo, y a diferencia de lo que han mantenido las historiografías cubana y española hasta el momento, un grupo de intelectuales de la isla, apoyados por algunas de las familias más poderosas de la oligarquía azucarera habanera, no se sintieron cómodos con la posición de colonias, a que se relegaba a sus territorios, en el nuevo estado liberal. Su respuesta fue intentar conseguir una situación más favorable para sus intereses dentro del nuevo estado en construcción, para lo cual apoyaron y fueron parte activa en la constitución de un concepto de identidad cubana autónoma con respecto a la peninsular.

Domingo del Monte y el círculo de intelectuales que lo rodeaba fue el encargado de darle forma a este proyecto. Usando la literatura como instrumento, elaboraron un concepto de identidad que daba unidad a la isla de Cuba y que, además, entroncaba

su historia con la tradición castellana, de la que se consideraban parte. Este proyecto “identitario” no estuvo plenamente armado desde un principio, sino que se fue negociando y modificando a lo largo del tiempo, hasta que adquirió una forma bastante definida a finales de la década de 1830; donde, el mundo mulato y el negro quedaron excluidos. Las novelas *Francisco* y *Cecilia Valdés* fueron una de las expresiones literarias más acabadas en esta dirección. Sin embargo, su propuesta no fue aceptada por el gobierno metropolitano y para el gobernador de la isla, Miguel Tacón. Aunque la oligarquía azucarera consiguió que las autoridades metropolitanas destituyeran a Tacón, Cuba fue reducida a la categoría de colonia, gobernada a través de las Leyes de Indias, un código de Antiguo Régimen, valido para un gobierno de Despotismo Ilustrado, pero que en nada se adecuaba a sus necesidades en ese momento. El valor de los textos de Suárez Romero y Villaverde también radica en el poder documental de las descripciones del mundo del ingenio y de la esclavitud que en él se realizaron.